PRIMERA PARTE

Tonto por vivir

29 de octubre de 2012.

Todo empieza con otra tormenta perfecta, con nombre de mujer “Sandy”. Ni la más prometedora industria burlesca más actual se libra de sus azotes, pero dicen quienes la mueven, que seguirán operando con la modernidad. Eso es como calentarse con un brasero de ascuas, sin azuzarlas. Cada vez que llega un huracán de estos, se vacían las estanterías, y cuando se aleja, hacemos recuento en pocos días, y nos las prometemos muy felices tan pronto como sale el sol. Se podría decir que la tormenta, bien podría reproducirse en cualquier otra situación, de las muchas que tenemos asiduamente, y que no por no prestarle tanta atención mediática ni llevar nombre alguno, son menos importantes. Un ejemplo bien sencillo, es el siguiente: una madre se declara en huelga doméstica para que sus hijas colaboren. Tan mal hacemos las cosas, tan mal educamos a nuestros hijos, tan mal ejemplo somos que precisamos de condicionantes atmosféricos para espabilar…vaya odisea terrenal.

La primera helada de la nueva temporada ha tenido lugar esta noche. Mi garganta lo ha notado, pero no ha sido por el frío de la casa, que todavía no ha entrado de lleno, sino por la cerveza sin alcohol que me tomé anoche. No estoy muy acostumbrado a esta bebida, ni mucho menos a ingerir consumiciones frías. Lo hice porque el lugar y la compañía eran propicios y quise adaptarme un poco para no incomodarla,… otro día le dan morcillas, y sigo con mi zumo de naranja. Un poco de miel mitiga ese roce tan molesto con el que llevo todo el día. Ahora compro esos botes, que hasta no hace mucho me regalaban. Se ve que la crisis también le ha hecho mella al dador de mieles. Desde los

albores del verano he tenido que costeármela, tras cuatro años de asueto. Las tornas, tarde o temprano se vuelven para todos, de modo, que aquellos que recibíamos un presente de cuando en cuando, en forma de polen, ahora se nos rifan los supermercados; sin embargo, quienes evitaban y evitan satisfacer impuestos directos e indirectos, impunemente lo siguen haciendo, al tiempo que declaman compradores para sus productos, y medidas fiscales que protejan un sector hastiado de ayudas públicas y engañifas. Cada situación es singular y específica, por lo que no se puede extrapolar ni generalizar, no obstante, al llevar años asistiendo a este esperpento, contrasto las reflexiones y las divagaciones de muchos y de mí mismo, para concluir que el problema no es del campo.

El sector minorista español asiste al hundimiento de las ventas, cifradas en más de un doce por ciento en el último mes, tras la subida del impuesto sobre el valor añadido. Era previsible. Quien esperaba que aflorasen los billetes de quinientos, y las monedas de plata, tiene en su cabeza un poso de amargura y desazón que no tiene parangón. La ridiculez de las políticas económicas a las que estamos sometidos, obedecen a la sobre protección de las grandes empresas y grupos especulativos, en donde se ubican y ubicarán gran parte de nuestro elenco de artistas políticos más proclives. De modo, que lo único que se está consiguiendo es aletargar y lastimar, más si cabe, la maltrecha economía social. Lo poco que se mueve obedece a la lluvia, y a las necesidades básicas. Quien tiene se lo guarda esperando un bajón, y a especular (es lógico); quien no tiene, poco o nada puede hacer, salvo aguantarse.

Adoro a la gente que va de frente y que me mira a la cara, todo ello combinado con la naturalidad más sobrecogedora. La otra noche, una mujer reclamó mi atención. Ya sé que nombre darle a esa dama que me ha encandilado, y lo digo a sabiendas de que no debo de caer en arrojos enamoradizos, de esos que un narrador ávido de pasiones se compone. En el desconocimiento más prometedor hay un hecho que nos une, se trata de una facción que no todo el mundo descubre y aprecia. Los dos la tenemos. Ambos poseemos un párpado un poco más caído que el otro, o al menos eso me ha parecido a mí, en alguna que otra ocasión en la que la he podido tener de frente, discretamente me he percatado de esa peculiaridad tan personal e incluso atractiva, si la cosa fuese por otros derroteros. A mí se me nota cuando estoy más cansado, y cuando la alergia hace de las suyas; y en su caso, a pesar de disimularlo muy bien con esa belleza natural y ese escultural cuerpo, supongo que se deja notar cuando los descansos piden paso, y se nos emborracha el embrujo. Incluso podría ser el mismo ojo, para ambos. El suyo sé cual es, al estar cara a cara, es el que se queda a mi izquierda. El mío, creo que es el mismo, si la miro de frente, pero como hace tanto que no me miro en el espejo detenidamente, no sabría aseverarlo.

La llamaré Thalía, es un nombre de origen griego, porque tiene experiencia y carácter, de eso estoy seguro, sus andares no lo disimulan, aunque vislumbre necesidad, tanto como una de las tres gracias, hijas de Zeus y de Eurínome. La mitología helena acertó de lleno cuando la acomoda de encanto, belleza y alegría. Ese desparpajo del que acostumbra, seguro que esconde un foro interno fecundo y floreciente. La expresividad de sus acciones, el ánimo que infunde, y la complementariedad que transmite, no son un escollo para

salvaguardar parte del talento natural que esconde en lo más íntimo, sintiéndose capaz de hacer sentirse bien al otro, y de enjugar su anhelado amor con su arte emotivo. Me encantaría conocerla, más allá de un protocolario beso en sendas mejillas. Seguro que descubro un mundo mejor a su lado.

30 de octubre de 2012.

Como buen personaje ordenado que soy, hoy lo dedico a encuadrar estos párrafos, y darles la singular bienvenida, con la dedicatoria y el prólogo. El título ya constaba de antemano, hace meses que lo creé, en uno de esos avatares que de vez en cuando me van y vienen. Igualmente estoy preparando un gran viaje para este puente que se avecina, en donde habré de hacer un alto en el camino e ir al registro de la propiedad intelectual, para dar por terminado nuestro primer año de amor. Ese que no se borra, ese que jamás se olvidará, nuestro nacimiento, nuestra perdición.

Escucho a Mozart, no había mejor modo de expresar la sensibilidad de una tarde agreste, y me acuerdo de tantas cosas, que me avergüenzo de haber escrito muchas de ellas. Por eso, me disculpo ante mis clientes, por si alguno se ha podido sentir ofendido en lo dicho, no quise molestar, sí mostrar mis pesares, ante tanta idiotez del sistema, y ante la falta de creación. A la familia nunca la ofendí, la incomprensión mutua, forma parte de esa adulación encubierta que profesamos los unos a los otros.

Ya no estoy enojado ni encolerizado, simplemente cabizbajo y un tanto aturdido por la falta de recursos. De todo lo anterior, he de salir con alegría.

Hoy me escribo de nuevo con un viejo conocido, se llama Gustavo. Nuestros meses pasan como si fueran años, y las conversaciones son tan cálidas como tibias y agudas. Es bueno conocer a alguien, mejor aún, dejarse indagar desde adentro, eso hacemos, a base de musicalidad e imágenes, con tacto, con respeto, con buenas intenciones. Cuando tenga medios, habré de hacer algún que otro viaje con él, seguro que aprendo bastante; es de esas personas que sólo hablan cuando saben más que el silencio, en caso contrario, escuchan.

Hacienda me ha escrito. Eso dice el buzón. La agencia tributaria se acuerda de mí, ya era hora. Esperaba noticias suyas, y a pesar de ello, me pongo en guardia. No es grato recibir avisos de certificado, y menos con estos remitentes. Esto de enfurecerme los días festivos, a base de generarme inquietud, se está convirtiendo en tradición. Los de antes (el clero) han dejado paso a estos (el fisco), no sé cuales son peores ni mejores, vaya sarta de mentiras que aglutinan entre todos. Mañana por la tarde recogeré el detallito, ya les contaré.

Recorro el camino del estudiante, atravesando la ciudad, en dirección a la copistería más próxima a la universidad. Llevo mis memorias, preciso de dos copias, una para el registro de la propiedad intelectual, y otra para guardarla tras la cortina rosa, junto a todos esos dolores de cabeza, y tiempos muertos. Mientras unos abonan céntimos por apuntes o libretas bancarias, otros esperamos a que le pongan el gusanillo a nuestras historias. El sufrimiento se

hace menos, al tiempo que uno lee innumerables carteles de alquileres y ventas varias. La bendición cobra cuerpo, cuando me las entregan enfundadas en sendas bolsas con un lema más que acertado: apasiónate por la vida, dona sangre. Qué gran verdad, este sí que es chute de emociones.

Salgo de allí, sin atreverme a agarrar las bolsas con firmeza, dubitativo en mí vuelta a casa, y de pronto, me da el alto un tipo de aspecto bonachón, justo en la primera esquina. Resulta que es un conocido del baile, al que le había perdido la pista, un poco antes del verano. Es de esas personas que uno contrataría, de tener necesidad, porque parecen a simple vista no albergar maldad, y creo que podríamos congeniar para desconectar de tantas rutinas en las que estamos más que enfrascados. Prosigo, atravieso el centro, la noche es cerrada, mi grandota y caprichosa Luna me escolta. Faltan pocos minutos para las siete de la tarde, y paso junto a un edifico repleto de luces interiores, en donde se encuentran ubicadas las dependencias de los servicios periféricos de la administración regional, casi en su totalidad. Impresiona tanta supuesta presencia a esas horas, después de un día bien largo. Vaya idiosincrasia surrealista, basada en métodos y sincronismos, y no en personas, competencias y rendimientos. Es la teoría del disparate, el cobijo de lo absurdo, con un toque soez.

Me cruzo de acera, y me encamino a un parque, hoy me apetece redondear el trayecto, dándole un poco de vidilla. El cuello lo llevo abrigado, el foulard o pañuelo se hace dueño de mí. Para mi sorpresa, ya no hay luz ni cartel alguno, que aliente sobre el traspaso de una de esas casas colgadas, la del medio, como la conocía yo familiarmente, esa que en su día fue testigo de escalinatas, columnas y chapuzones. Sus negras rejas atraparon tanto a los de adentro,

que hubieron de irse. En principio, ya sólo queda una de esas casas blancas a la venta, la que está más cerca de mi hogar, esa que tiene unos árboles curiosos por vecinos, queriéndose marchar de un descampado, cotilleando su entrada. Y por montera, una cinéfila pared, que añora tardes noches de encuentros. Quizás, esto me ayude a apreciar más lo que tengo. Ese cartel ausente, me permitirá centrarme más en mí.

En lo alto del cerro de mis débitos, aparco las bolsas, no me atrevo a sacar lo de adentro. El escenario apocalíptico se abre paso, me infunde mucho respeto y algo de miedo ver esos tomos impresos con mis ideas en forma de letras. El conglomerado resulta ser más grande de lo esperado, abulta mucho ¿tanto tenía que decir? ¿Y para qué? …. Al poco recobro fuerzas, y noto el calor de la impresión que aún se mantiene en el interior de esas páginas, y en el dorso, como si nada hubiera sucedido en todos esos ratos…. La historia y el duende se abrazan.

31 de octubre de 2012.

Hay que ver lo que llena una caja vacía. Tengo una en el dormitorio, plateada, con un poco de estilo. Bien proporcionada, elegante, de esas que le gustan a las mujeres.

Mi padre ha entrado en la fase de dormir mucho, eso me recuerda a mi abuelo Juan, antes de perecer…..

Un buen deportista aprende a llevar su propia carga. No hay edad para un sueño perfecto, y siempre hay algo a lo que renunciar, por eso de tantas dudas, de poder hacerlo. No sé si me falta espíritu de lucha, deseos de ganar,… ya dudo de todo. Me sobra logística, hay una buena cabeza para la táctica, pero hay que tenerla sobre los hombros. Me juego mi suerte, y la de muchos otros, que en algún momento se sentirán identificados. Sin zancadas, todo es inservible. He de volver a correr a las tantas. Un plan nunca será bueno, si no se lleva a cabo.

No deseo apoltronarme en la administración pública, estoy cansado de este encorsetamiento desmedido, hubo un tiempo en el que creí que la falta de miras era temporal, pero me doy cuenta de que no es así. Las cosas se ven muy distintas cuando se está dentro, y se ha de aguantar toda esta parafernalia improductiva. Mi rescate me interesa más que ese tan mayúsculo que nos ocultan, y ha de ser prominente, desde la discreción.

01 de noviembre de 2012.

He dedicado buena parte de la mañana a preparar el papeleo que Hacienda me requiere. Esta vez, con una medio sonrisa, porque no me coge de sorpresa, y además, no tengo nada que esconder. Estos mismos documentos ya los llevé cuando efectué la declaración, hace medio año, por entonces no se los quisieron quedar, ahora me los reclaman oficialmente, paralizando mi devolución. Es lo ingrato de este tipo de empresas, que la burocracia basada en protocolos, no siempre es la más efectiva. Ayer tarde noche me gasté casi

seis euros en fotocopias para no darle más paseos a todo esto. Podía habérmelo copiado en el trabajo, pero la idea no me resultaba atractiva, preferí gastar lo poco que puedo, antes que malgastar mi tiempo en cabreos y quebraderos de cabeza. Hay que tener alma, yo la tengo, el ente público no, por eso me protejo a mi manera. Sólo queda esperar a que llegue el día doce, para volver a sentarme en el pupitre y entregar la miscelánea de escrituras, préstamos, y cargos de amortizaciones e intereses, amén del empadronamiento histórico. Mis cálculos me los guardaré, que echen ellos las cuentas, hasta es posible que me tengan que devolver más. Con este tipo de empresas no se sabe cómo acertar.

Regreso de una jornada de comida y sobremesa familiar. Hacía mucho tiempo que no participábamos todos (padres, hermanos y cónyuges, sobrinos) en tan dilatada experiencia. Entre castañas y una ensaimada, no sólo hemos recopilado gases para la noche. Ha habido momentos adorables, y otros en los que he tenido que templar mis ánimos de definidor nato. Mis padres han comentado sus inquietudes, muy de pasada, sobre su relevo patrimonial. Y para mi sorpresa, carecen de documento legal alguno en ese sentido. Les he comentado mis experiencias en cuanto a los testamentos, ya llevo dos, aunque sólo valga el último; y he aprovechado, cambiando de tema, pero hilando muy fino, para decirles que he escrito un libro. Se han sorprendido, y cuando han preguntado por la temática, simplemente he dicho que es una obra narrativa en prosa, a modo de reflexiones. Aquí ya no les ha interesado tanto, y han cesado las preguntas en ese sentido. Sus caras se agazapaban en sus torsos, y no sé como, pero el tema ha virado por otros derroteros. A estas horas, desconozco

si he de sentirme cómodo por el hecho de que no hayan insistido en pedirme más información sobre el mismo, o si les infundo demasiado respeto, miedo, rechazo o indiferencia. Me parece que aún asocian en demasía muchas experiencias que he vivido en los últimos años, con relación a toda una vida, a lo cual puede que no les sea agradable que yo tenga unas memorias, o algo así. Pero ya me he quitado una cosa de encima, era lógico que supieran del tema. En ciertas ocasiones me siento como un extranjero entre mi familia. He estado seguro de mí mismo, y con una actitud carente de ensañamiento.

El toque jocoso, es que según mi hermano y mi cuñada, sólo me falta subir en globo. No les he dicho que me informé sobre el tema en verano, tampoco quería entrar en detalles, cuando no ha habido más interacción con el tema principal. Si supero mi vértigo, lo intentaría, las vistas han de ser preciosas. Me lo pondré como meta, si consigo que una editorial publique el primer volumen. Por cierto, acabo de buscar en Internet algo sobre este asunto, y es desalentador lo que se dice, eso de que las editoriales sólo publican a escritores consagrados, vaya mierda. Con el jaleo mental que tengo, el colmo sería meterme a editor, con las implicaciones de divulgar y promocionar la comercialización de la obra. Ufff... espero tener suerte, y que a alguien le llame la atención cuando me decida a enviarlo a editoriales y a concursos literarios.

Es un día muy apropiado para amar y morir. Como no puedo hacer ni lo uno ni lo otro, pongámonos a hacer las maletas, que mañana a medio día partimos hacia Austria. Allí estaremos hasta el domingo por la noche; ya saben que el equipaje que realmente importa es aquel que no ocupa, dejen los trastos a un lado. Yo me voy un rato a correr, y a mi vuelta, plancharé, cenaré y

recargaré las pilas. No quiero excusas, ya tengo los billetes, lo demás saldrá en su momento, no he hecho de estratega, ni de visionario, nos dejaremos embelesar por aquello que se nos ponga delante, que para eso somos turistas de poca monta, algo pasará. Atrás dejaremos los días de limpieza de lápidas, que morirse no cuesta tanto, y viajar tampoco.

Antes de calzarme las deportivas, les diré un secreto,….. Voy a saltarme la tapia del vecino, quiero comprobar una cosa. Me enfundaré mis mallas negras y el corta vientos del mismo color para pasar inadvertido, en el bolsillo me echaré una linterna y las llaves, la documentación la dejaré en casa.

02 de noviembre de 2012.

A todas luces

Hecho a volar, con una hora en mi cabeza, las nueve y cincuenta y ocho de la mañana. Es el comienzo del fin; los pájaros toman forma, las letras transcienden de mi dominio. Con pocas palabras y muchos esfuerzos, vuelco parte de mí hacia otros.

Mi Madrid se me queda muy lejos, teniéndolo tan cerca. Apenas lo conozco, sólo paso por sus avenidas, muy de tarde en tarde, y casi nunca me da el sol de la mañana en sus recuerdos. Tras una medio jornada intensa y agotadora, curo mi vulnerabilidad aprendiendo, cual perturbador villano se adentra en los cielos, superando sus miedos. Estoy en una cantina aeroportuaria, haciendo tiempo, esperando la inspiración del chef, que parece tener una pesadilla en la cocina. Mientras, me harto de pan, y pienso en este invierno frío que hoy nos

ha dado la bienvenida, interiorizando las vueltas que nos da la vida. Revuelto de setas, pechuga de pollo, y un trozo de tarta de queso es mi manjar. La de enfrente no cesa en sus miradas, es como si me quisiera tener a sus pies. Yo no dejo mucho lugar a la imaginación, lo que ve es lo que hay, basta ya de causar agonías. Que cada uno apechugue con lo que tiene. La camarera se hace la remolona, quizás si me hago invisible me hará más caso. Cuando me ha preguntado qué quería, me han dado ganas de responderle con la más absoluta de las verdades, diciéndole: además de ganar dinero, quiero aprender y ser feliz. Pero ¿quién es ella para saber de mí? Si ni tan siquiera es una espía, ni tampoco me amó. He optado por tomar un menú caliente, porque estoy de vacaciones, y tampoco sé a ciencia cierta cuándo llegaré a mi destino. Ya llevo un retraso de un par de horas sobre la salida prevista, y el viento no amaina. Los paneles informativos me recuerdan algo del inglés que en su día estudié. Me provocan una traslación a mi época de instituto, en donde apenas perdí el control, y ahora ya es muy tarde para retomar esas lindezas. Lo poco que me queda de eso, lo llevo en la bicefalia que formamos mi sombra y mi cuerpo. Nosotros, y la maleta azul, partimos en una hora, lo acaban de anunciar. Hay tiempo para engullir tranquilos, los pasillos serán largos, pero no ponen zancadillas. Sin lugar a dudas, este cocinero es bueno, porque es de los que tienen fallos. Se ha pasado en darle autenticidad a este revuelto, si me descuido tengo que sacar una entrada para hincarle el tenedor a este montoncillo de cosas. Se nota que estamos a viernes, el hijo puta ha sacado todo lo que no ha vendido a lo largo de la semana, y ha elaborado un popurrí de muy señor mío. A poco que me esfuerzo dibujo una sonrisa en el plato, con

las surtidas y coloridas viandas que lo llenan. Come Pedro, me digo. Lo mismo que me decía aquel viejo y sin par loro de mi infancia.

Mientras me traen la cuenta, voy al baño, que si ya me cuesta echarme a volar, ni les cuento lo que me supone mear en las alturas…. Pufff..., vaya escenita, si sabía yo que este estaba en un día alocado. El del mandil y el gorro, estaba en la tina, gozando con una chinita muy caliente. No soy el único que ha comido revuelto hoy. Comprenderán que me haya retraído de la micción. Es lo que tiene esto de la universalidad de los aseos, que si vas al de tíos, no dejan de ser un mundo aparte con vida propia; y si vas al de tías, eres un pervertido. En locales como este, de esos que se dicen muy actuales, compartimos lavabo e inodoro los clientes de todos los géneros con los empleados, y claro está, el jolgorio está servido. No sé que le pasa a esta ciudad en el día de hoy, que parece ser que todo el mundo está feliz. Unos follan y otros embarcamos. Pues nada, será un vuelo épico. Tendré que afrontar algo tan grande como orinar, desde la humildad de saber quién soy, una vez que he sabido mostrar parte de mi trabajo. Haré de correcaminos, a ver si tengo suerte y la auxiliar de vuelo me permite abandonar mi asiento antes de despegar.

Fila ocho, asiento c, junto a la ventana. Formamos una tripleta de artistas públicos, porque no creo que los de al lado sean empresarios. Por la conversación, son compañeros de despacho en alguna administración; sus caras visten de gris. Ahora no tengo ganas, así que a intentar descansar, que hay mucho por descubrir…. Es complicado mantener los ojos cerrados, tener la mente en blanco, y no sonreír de incredulidad al escuchar cómo dos sujetos hablan sobre las moscas que se usan para pescar, como si su felicidad

dependiera de ello. Yo he sido tan cobarde a lo largo de mi vida por no tener aficiones, que mi sinceridad me apremia a hacer algo bárbaro. Menos mal que la tripulación quiere acogernos en su seno con un toque de distinción, y nos ponen la popular Sinfonía de los Juguetes, compuesta por el padre del gran músico, el señor Mozart. El ilustre austriaco, Salzburgues de nacimiento y Vienés de adopción, es el motivo por el que visito la primerísima ciudad en este puente. Mañana por la tarde noche, hay una representación que no deseo perderme. Por suerte, pude comprar una entrada de las que dan envidia, para asistir a tan magna representación. Entre tanto, haré de austro bávaro para no desentonar, hasta que llegue la hora de entrar a la Sala de Mármol del Palacio de Mirabell, lugar de la opereta. Cansado de escuchar historias sobre la pesca deportiva, he cogido los auriculares y el Clasicismo del pianista me han hecho muy ameno el trayecto, tanto que se me ha hecho corto, y ahora que miro abajo con firmeza, siento dos cosas: la primera, una necesidad bestial de evacuar líquido; la segunda, me atrapa la verosimilitud con la que me había imaginado los Alpes y sus tinieblas, el esplendor y la madurez que me transmiten, transigen con mis banalidades. Los tiparracos están dormitando, cualquiera los despierta ahora que han cerrado sus fauces, esperaré. Me dejaré llevar por lo poco que me une al músico, no dejo de pensar en que el mismísimo fue capaz de dimitir de su puesto (maestro de conciertos), dado su bajo salario, y la poca satisfacción que obtenía, así como por la necesidad de tiempo para componer sus obras. En estos menesteres enmarqué esa quietud montañosa, hasta que arribamos en el pequeño aeropuerto local. Los instantes antes de poner pie a tierra me resultaron durísimos. Entre barbos y carpas, acabé de los ciprínidos hasta los huevos. Y yo sin mear desde que salí de

casa. Mi frustrada intentona, poca antes del aterrizaje, fue un manojo de despropósitos. Cuando abrí la cabinilla, creí estar dentro de una campana extractora de humos, lo cual no me infundió mucha confianza, y al poco de bajarme la cremallera, una tarascada del piloto para con una nube, me extravió la picha. Y ya no me la encontré, primero escurridiza, luego tímida, y finalmente huidiza, por lo que mi ser siguió muy dentro de mí. La hinchazón, dio lugar a un escozor prostático bastante desagradable. La pizca de espárragos que introduje en mi comida, me estaba devorando la vejiga, así como los edulcorantes de ese falso zumo en el ático. Esperaba mi maleta, reclinado adelante, con un dolor inaguantable. Mi rostro estaba compungido, y los del horroroso gorro, seguían chapurreando como si estuvieran en las proximidades de un embalse, próximos a lucir sus adornos en esas pesquisas adoquinadas para domingueros. Una vez que la agarré, casi me desmayo. Saqué fuerzas, adiviné un cartel, y allá que me metí, casi reptando, medio cegado por la necesidad. Ah, hostia puta, qué alivio. Esto sí que es amor. Ufff... quédate conmigo, le decía a mi señora, sigue y no pares, desahógate cabrona. Vaya viajecito que me has dado. El temblor de piernas se apoderó de mí, sufrí más calambres frente al inodoro, una vez descargado, que tras hacerme más de una treintena de kilómetros a un ritmo fuerte. Se me resecaron los labios, y la tez empalideció. Ambos párpados querían clausurarme el día. A tenor de los hechos, hube de pedir auxilio, al objeto de devolverme a la vida.

Esta urbe volvió a mí, en un tono blanco, austero, sin sillerías de piedra, sin torreones, sin chapiteles ni cúpulas. Lo más imperial era un termómetro atornillado a la pared, y una vía que corría por mis venas. Conseguí abrir mis dos ojos al unísono, y mantenerlos despiertos, tras varios intentos. Mi cabeza

me daba vueltas, me agarré a los costados de la camilla, y creí estar sobrevolando aún, esa infinita cordillera alpina. Y cuando estaba a punto de conversar con un pajarraco, sentí dos cachetes en mis mejillas, y un abrupto sonido por el lado derecho. Hubiera preferido seguir parpadeando de por vida, menuda mierda, la divinidad me la tiene jurada, un puto anzuelo con pelos a pocos centímetros de mí, y con colorines a cual más distorsionador, ¡qué poco gusto, joder! Quédate volando, me decía a mí mismo, interiorizando ese horrendo espectáculo. Como no pude escaparme me tocó dar la cara, jugué a ser adulto, y pregunté por esa falta de abrazos. Fue entonces, cuando los segovianos me cortaron el aliento. Salí por mis huellas del baño de señoras donde me había metido, y caí de bruces chocándome con un extintor de carretilla. Quedé como un gilipollas de las estrellas, hasta que bordeé la vieja ciudad ocupando una ambulancia medio inconsciente, hasta que me acogieron en uno de los pabellones del Hospital de Salzburgo. No me pidas que sueñe contigo, le dije a Rafael, tras darle las gracias por su interés, y pedir al destino que me acogiera nuevamente en las estribaciones de la cima alpina de Untersberg. Cualquier decisión es injusta, pero de las más cruentas, sin duda, será esa de mear a posteriori; más aún, cuando se viene de una cocina de mediocre calidad, como la que te ofrecen algunos de esos establecimientos de atrevidos pasajeros. Mi barriguita había crecido por lo bajini, la tableta de chocolate estaba enrojecida, y los pelillos camuflaban la flagrante cómplice de esta escena pudorosa y ardiente, porque sentía un calor interior que no era gustoso. Mi personalidad estaba por los suelos,… cuando se me fue la vergüenza, supe ver a una talentosa bata blanca a mi alrededor, y en un alarde de perfeccionamiento por mi parte, en un más que notable castellano, le

pregunté a la auxiliar de enfermería por mi estado. Antes de que me dijera algo, y sin dejar de mirarla a los ojos, me percaté de que estaba en Austria, y que ni sabía el dialecto local, ni tampoco alemán. Hice de esa cama una fortificación, y ya que estaba en tierras ajenas, y que desconocía mi lengua de procedencia, ante tal retrato de la exuberancia, proseguí con mis habladurías: dígame a quien tengo que escribirle, para pedirla a usted en mi carta de reyes. El silencio se hizo dueño de la escena, los segovianos se quitaron los gorros, como si estuviera sonando el himno en una izada de bandera, y salieron raudos de la habitación en medio de la penumbra, quedándonos a solas la pomposidad y mi arrogancia desmedida. Como no había palabras, comencé a sentir paz en mi cuerpo. A todo esto, las miradas no se dispersaban, es más, se acrecentaban, forjando un triángulo isósceles, entre ella, el aire y yo. La obra mozartiana embrujó la poca luz que allí se cobijaba, conforme ella se reclinó hacia mí, al tiempo que movió sus esculpidos labios. No entendí nada, más bien, no fui capaz de escuchar nada. Estaba tan absorto en la belleza de su silueta, que ella lo notó. Fue posar su mano sobre mi hombro y volverme el tembleque. Por ello, puso su otra mano en mi pecho, y como si dejase su aura perdida, me revivió. Broté de nuevo, en un apasionado manoseo de la prodigiosa cuidadora, que me acompañó en la tarde noche. Sin ópera, sin coral, sin popularidad, mi temprano despertar, descarnó algo más entre ambos. Su recogido de pelo, dejaba a la vista un dulce cuello que me ilusionaba, casi tanto, como poder entender tanto enloquecimiento. Y mis deseos, se reconciliaron con la naturaleza. Lo que en su momento me dijo adiós, sin apenas darme la oportunidad de hacer las presentaciones, se mostró natural, dejando poco a la imaginación. Habiendo pasado por dificilísimas situaciones financieras, esta no

era la mejor de las presentaciones, no harían falta enjuiciamientos, requerimientos, ni especulaciones, todo se elevó a su máxima expresión. Las cuentas llevaban ensartadas hasta los decimales. En palabras de un buen crítico musical, diríamos que ese día tan esperado por todo artista había llegado. Rectifiqué el aparataje con un medio giro, mecanizando mi aparato locomotor. Presté atención a su boca, acerqué mi nariz hacia ella, queriendo posicionarme entorno a su lóbulo derecho, y le dije en un perfecto inglés: lo siento, discúlpeme preciosa. Caí rendido, tendiendo mi alma sobre esa desgracia de existencia. Casi a punto de enrolarme en un sueño eterno, me cogió las manos, acercó sus ojos a mi corazón, y me dijo: me llamo Paulina, soy de Badajoz… Quise desmayarme, y no me dejó, la pacense siguió todos mis movimientos, sin soltarme las manos, ni darme oportunidad alguna de desaparecer. Visto que no podía huir, al carecer de fuerzas y de dignidad, sólo podía volver a caer a sus pies, como único medio de supervivencia. Y le pregunté: ¿cuántos pacientes se te declaran, a lo largo del día? … Sonrió, y entré en un estado que bien se podría calificar de hipnosis, hasta que aparecieron nuevamente los castellanos, y sus marrones indumentarias. Les agradecí la ayuda prestada y nos despedimos, no podían demorar más su partida, perderían su sueño, y yo estaba en buenas manos, las mismas que no sé cómo se ausentaron decididamente de mi vera, en el trascurso de una conversación rápida, sin cenicientas. Otra vez solo, asustadizo, incrédulo y abotargado, pude notar un bulto debajo mi ojo derecho, como si me hubiera golpeado con algún pico. Me dormí, como si me estuviera haciendo viejo, no sin antes, darme cuenta de que alguien pasó a ver si estaba despierto, una vez que todo estaba controlado.

Arreciaba la lluvia, desde primera hora del día. Los canalones no daban abasto por momentos, tenía una bajante en el lateral derecho, la cual me desveló, a eso de las cinco de la madrugada. Una hora más tarde, me estaban haciendo un urocultivo, y poco después, me medicaron en vena a base de antibióticos. Con las tostadas y la leche que no me dieron, me administraron un analgésico por vía oral. En estas tierras el día llega antes, se ve que dedican la noche a descansar, y eso les permite recuperar prontamente la energía vital.

Entre los escalofríos y el dolor en la panza, he tenido una revelación. Soy un hombre primario, no sé que me pasa con las sanitarias, que es ver a una y ponerme a divagar con buenas atenciones, masajes, placeres, y carantoñas. Sin llegar a alterar el orden público, mi cabeza ineludiblemente me lleva a ser un asilvestrado, desahogando todas esas ideas peregrinas con la susodicha. Cuando me encuentro en ese estado, adondequiera que vaya, está la inquilina, fluctuando conmigo, sin necesidad de tener que cambiarnos de muda. Es tal el frenesí, que me enciendo a borbotones, saliéndome a llamaradas de la cajita del recogimiento. Haré caso a mi espalda, y procuraré descansar, ya que no puedo moverme, los riñones se me están clavando. A ver si duermo otro rato o perezco de inanición con un poco de suerte, porque hasta la noche no me dejarán probar bocado. Haré memoria, de todo cuanto me estoy perdiendo….

Aquella imagen del río Salzach me cautivó, mucho más que el centro histórico, que está fenomenalmente bien conservado, no en vano, es patrimonio de la humanidad. Fue mirar su lejanía, y ver tras de sí, cómo se erigía un bastión de los verdaderos, de esos que llevan siglos dándose de

porrazos contra los vientos, la Fortaleza de Hohensalzburg. Por muchos sacerdocios e imperios que quisieran dominarlo, el poderío de sus andamios versaba en la inteligente construcción a base de adoquines y sillares pacientemente parapetados los unos con los otros, a lo largo de los siglos. Eché a andar en busca de la calle del Grano (Getreidegasse), donde se ubica la casa del insigne músico, y esos coloridos jardines de todas las formas y alturas, enrojecieron mi mirada, estando esculpidos a los pies de tanta historia, sumamente cuidados, embelesando a turistas y cotidianos viandantes, como si fuera un transeúnte recién llegado de un naufragio. Anduve mucho, no quise subirme a un bus, preferí pisar y contemplar desde abajo, como si lo estuviera soñando. Este municipio, agraciado por el emperador Claudio con tal nomenclatura, cuarenta y cinco años después de Cristo, guarda un conjunto de iglesias barrocas y un par de cementerios, que conforman uno de los recintos más hermosos dedicados a los oficios y culto de quienes creen más allá del tallo de una flor. El esmero con que son replantadas las terracitas fúnebres, adornadas con esas figuras artesanales de madera ancladas en el pedestal del lienzo del ayer y el hoy, enarbolan una primavera de paisajes de ideas nada tétricas, que bien pudieran ser regadas por las faldas de las colinas adyacentes, así como por la población que visita las huestes de San Pedro y de San Sebastián, con sus lagrimas, dado que se requiere de tiempo para saber extraer la alegría de la vida. Aprender a reír tras un fracaso, cuesta tanto, como superar pérdidas, no obstante, conviene hacer que se pregunten los demás, del porqué de esta nuestra sonrisa. Y así continué, danzando entre tanto ornamento, y alguna que otra figurilla de palitroques, movida con cuerdas a los pies de un amo predicador. La Casa de la Naturaleza (Haus der Natur

Salzburg) me esperaba. En el trayecto me llamó someramente la atención, la poca cantidad de establecimientos regentados por asiáticos, en comparación con mi país de procedencia, eso debe de ser debido a algo. Me parece a mí que esta gente no es de cotillones y fiestas de pijama. La escena de la azotea fue impresionante, esa en la que una rubia tetona se asomó por el ventanal, dejando a un lado el cristal térmico y la palillería del mismo, y gritó a su marido algo tan abrupto, como para que él se agachase y le hiciese una reverencia desde el medio de la calle, como si le debiese la vida, mirando a los altares, buscándola entre una bandeja de geranios que se resisten a languidecer. Queda claro quién manda por estas tierras. Este contraste de desvergüenza y recato, deja a las claras la vida de sospecha que toda pareja lleva. Llegué tarde al show de historia natural, del que muchos hablan maravillas, en la preciosa casita. Por lo que puse rumbo a la Catedral, ya que el día iba de rojos y de monumentos con tintes luctuosos, qué menos que completar el círculo de las adoratrices. Tampoco pude pasar, estaban realizando obras de mantenimiento, pero no me entristecí, qué va, ante mí acababa de cruzarse nada más y nada menos que un tipo sin piernas, caminando a una velocidad de vértigo. El tipo llevaba una especie de prolongaciones metálicas, a modo de estaquillas, que le salían de las rodillas, ancladas con unos tirantes a los muslos, y terminaban en dos pisadas curvas, pero muy simples. Se ve que lo estaba probando, porque iba en mallas, con casco de ciclista en la cabeza, y unas coderas como las que usan los patinadores poco duchos. Esa escena me sacó de mi ostracismo, y me permitió proseguir sin más dilación, entre calles limpias, con papeleras en su sitio, y gente que no se entromete en las mentiras de otros -al menos en la calle- y un carril bus muy respetado por el resto de los usuarios. El letargo

desapareció tan pronto como me senté en un banco, y se me quedó el culo más prieto que nunca. La rudeza de esa madera la noté en mis aposentos, tanto como que dé un salto me incorporé, y crucé uno de esos puentes tan escurridizos que salen en las fotos de temporada, cuando se promocionan viajes por ciertas compañías, a precios módicos, y luego, llegas al destino, y el puente te queda a unas millas de la estampa, y el hotelillo, por llamarlo de algún modo, está en la otra orilla, no en la que tú creías conocer, sino en la de la otra ciudad, esa que no se unió a la urbe, cuando los celtas y los romanos fueron cimentaron toda esta cultura.

Lo que más me gusta de esta zona es la visión general, y la permisividad con la que uno puede objetar sin ser descubierto, eso me encandila, sin duda han auscultado su pasado. De ahí, que ese niño mimado de papá se pasase la vida aprendiendo y luchando por mejorar, sin sentirse feliz entre tanto despilfarro cortesano y arzobispal, siendo echado con una patada en el culo, del palacio al cual obedecía su mentor, sin la menor intercesión a su favor de este último por tal hecho, conjugado con innumerables viajes en diversos años intentando paliar ese hambre de genio. Las cosas se comprenden cuando la manija no está en tu lado, desde dentro todo es muy distinto, a como se ve fuera. Estar al pie de algo tan grande como Viena, no siempre te llena y enorgullece, y esa somatización del segundón, se podía entresacar de algunos gestos de quienes evitaban los resbalones en la búsqueda de esos pocos rayos de sol, antes de fin de año. En unos instantes, se posaron ante nosotros unas nubes de lo más aguadas. Descargaron con prontitud, lavando las mezquindades de quienes hubimos de resguardarnos en el Museo de Arte Moderno. Me impresionó la facilidad con la que escurren los vertidos acuosos

en estas latitudes, claro está, que no podía ser de otro modo, porque tiene que ser brutal el deshielo de todas esas nieves que dejan por aquí sus vestidos año tras año. En este espectacular emplazamiento, justo al borde del acantilado de un monte de nombre impronunciable para un sureño como yo, las vistas eran preciosas, y el aire que llegaba te dejaba helado. Me adentré en los recovecos de tan moderno y suntuoso espacio, entre imágenes, fotografías y temáticas que no sabría descifrar. La fachada de mármol, aporta calidez, y sus placas una rítmica tan peculiar, que las mismas arias de Mozart están insertadas en este edificio, acompasando las creaciones compartimentadas milimétricamente.

Las Sonrisas y Lágrimas están más que justificadas, el ambiente bucólico se entremezcla con tenderetes de colores y cuestas que invitan a montarse en las mismas, olvidando bancarrotas, y sin necesidad de curiosear mansiones que en su día fueron cuarteles, o de hacer excursiones por el hielo, o al mismísimo nido del Águila. Todo bien visto, es bien hallado; mal pensado, es desalentador. Casi mejor buscar las minas de sal, las más antiguas del mundo, en esa aldea celta reconstruida, antes que buscar glorias donde no hubo más que pesares, por muy alta y bella que fuera la guarida. Y en eso me quedé, en la búsqueda de lo blanquecino, caminando entre roquedos, hasta que una especial cabra montés me hizo una señal, quedándose parada en lo alto de un pedregal, me paré, y contemplé aquello durante horas, moviendo mis pulgares sobre los muslos, como si estuviera acariciando a alguien, sentado, en lo alto de una cima sin nombre…. Regresé a la malévola compañía de los de mi especie, y opté por ser obediente, y no salir más de entre aquellas paredes,…. sin llevarme ropa de abrigo.

No era pavo relleno de carne molida, con zanahoria, almendras, piña, cebolla, jamón, ajo, apio, aceite, sal y pimienta; ni tampoco se acompañaba de una ensalada de endivias con queso de untar y anchoas, y por supuesto carecía de unas buenas torrijas bañadas en leche a punto de mordisco, y un par de naranjas sin pelar. Sin embargo, alimentaba la sopa de estrellas caliente, y el par de lonchas de fiambre de pavo, con el tranchete de queso y la mandarina. Los retortijones llegaban a su fin. Además, me quitaron la medicación intravenosa, ya sólo me administraban suero por esa vía. Una noche más, y podría coger mi vuelo de regreso. Se ocupó Philippo de canjearme el billete y de contactar con la agencia. A estos italianos les encantan las gestiones comerciales; a pesar de ser un celador, tenía dotes para hacer algo más, sabía venderse. Le di un buen apretón de manos, y un par de billetes de cincuenta, era lo menos que podía hacer, se ocupó de mi maleta, del hotel, del seguro, y de que nadie de mi familia se enterase de aquello, informando a los médicos de que no contactasen sin mi consentimiento. Fue el primero que me empujó la camilla, al poco de abrir las puertas de la ambulancia, y en seguida se percató de mi desconocimiento del idioma, por eso se mostró locuaz y conciliador conmigo. Sabedor de mis gustos musicales, por los turistas de la pesca, tuvo el detalle de sintonizarme una emisora a través del televisor, de esas que emiten música clásica casi constantemente, salvo por las parrafadas que se marcan a veces los locutores, algo que también sucede en España, y eso me hizo muchísima compañía, casi tanto, como la sombra que a veces creía divisar por el fondo de la habitación. No quise tener la contraventana desdoblada, preferí recorrer todo lo planeado,

antes que fijarme en un tubo plateado de la caldera, y ver el extractor de humos del pabellón de cocinas.

Para esa última noche, lo mejor era alejarse un poco, y disfrutar de la vista nocturna de la ciudad. No me fui solo, se vinieron Andrea y Philippo, aprovechamos para contarnos la vida. Ellos me hicieron de cicerones, y mucho más. Ella es una de las muchas que dieron el salto, aquel fatídico año, y por suerte, supo encontrar otro punto de partida junto al encantador cotilla. Sentados, ante una panorámica con soniquete del trotar de los caballos, disfrutamos de la porcelana fina con una de sus tartas, y en la espesura nos llegaba el bullicio de las lenguas foráneas, al tiempo que la elegancia, la oscuridad y la pasión, redimían aquel temprano atardecer. Este retrato póstumo de lo desconocido, de la impecable protección artística y cultural, me traerá nuevamente, a ver esas marionetas, a escuchar los acordes de un clavicordio, y a presenciar una obra de ballet, junto a la mujer de la comarca de la Serena y a su marido Toscano.

Toda la noche en vela, como en los viejos tiempos, y buena parte de la misma solo, los dejé que se abrigaran el uno al otro, yo me las podía apañar. Pasear de noche me gusta, somos pocos quienes lo practicamos, hay que estar muy seguro de uno mismo para llevarlo a cabo, y si tienes compañía, es verdadera, no frugal como las apariciones virginales. Al pisar un charco, me acordé de esa gotera de casa que no se arregló en su momento, y que ahora que los días están calados, por incesantes aguaceros, resbalan películas de entre la techumbre hacia las láminas de madera que acumulan el poco calor corporal que allí se agolpa. En su día, dos obreros se subieron, y nada vieron ni

hicieron; como no se solucionó el malentendido, ahora me tocará encabronarme con la aseguradora y exigir la reparación, para mi desconcierto y descrédito personal, por no haberlo hecho antes, pero estaba tan enfurruñado por aquel entonces, que la tregua me vino bien. Tan pronto como llegue, me pondré a ello, no se puede estar achicando el agua con paños menores cada dos por tres.

Se me acaba el tiempo y el espacio, y poco me llevo de aquí. Estoy haciendo el bobo, por muy claro que tenga mis ideas en diversos temas, como mi distanciamiento del secesionismo, y mi más que afinidad hacia una postura conciliadora, lo que hoy día se podría calificar como una filosofía ecléctica, no doy más de sí. Tanta diversidad, sin brillantez no me luce. A estas horas, no hay abierto ni un mísero centro comercial para dejarme seducir por las compras, pero es que tampoco se puede ir a un pasaje del terror, que no sé si lo hay en esta aburguesada ciudad. En este paseo, como diría un argentino, te extraño bastante, o lo que es lo mismo, te echo de menos silueta. Puedo estar a pocos metros de unas de las cimas más altas del mundo, que sin ti me siento más voluble. Y es espeluznante sentirse así, porque uno escala para reconfortarse así mismo, al igual que otros acarreamos piedras, y unos muchos se emborrachan conscientemente. De lo poco que aquí tienen abierto a las tantas de la madrugada de un sábado a un domingo, pasadas las tres, es la comisaría, y una taberna irlandesa. Y allí que me voy. No pido leche porque esta gente no es británica, que si no vaya que la pedía. Cojo el refresco, y me siento en un lateral, junto a un retrato de un grandote deportista. A mi espalda, dos princesas se hacen confidencias, y al frente, dos acaramelados jovenzuelos se comen a besos. Haber sacado los calcetines más gruesos me

ha venido bien, aunque aquí dentro no hace frío. Me esperaba un clima más radical, en esta pequeña Alemania, se ve que como también vengo de tierras bárbaras, la cosa no varía mucho. Hay una mujer que la he debido de ver antes en algún que otro sitio, me resulta familiar, aunque no la ubico. Me mira, pero no me mira. Y no se dirige a mí. Tiene algo, la veo muy de pasada, está junto a otra que no me cuadra en absoluto. Con dos cojones cambié mi refresco por un te de vainilla, con leche, aunque me lo sirvieron un tanto aguado, como el día, para no distorsionar. Por supuesto que no saboreo el fruto de la orquídea, faltaría más. Hasta le tengo que echar azúcar, algo muy infrecuente en mí, para no tener la percepción de estar regurgitando orines. Su nariz la hace tremendista, al principio; luego, con los cambios de luces, la cosa cambia. Las manos son grandes, sin llegar a ser las de un varón, pero con buenas molduras en todos sus extremos. Presenta unas uñas esculpidas a la europea, de tintes rojo pasión. No atisbo llagas, ni fisuras, ni mucho menos marcas de quemaduras. Debe de protegerse para fregar, porque no se le enrojecen los dedos, a pesar de la poca melanina que tiene su tez. El atuendo oscuro, no me ha dejado fijarme en el sibilino escote que porta la dama, muy sugerente y poco frecuente, esa forma es estilosa y recatada. Lo del pelo ya es otra historia, no sé si es rizado o lacio, porque con la humedad y esa colocación tan esmerada, no se distingue bien. Largo sí que es, como a mí me gustan, con melena, para rozar los cabellos con mi torso, y mucho más. Al verla desfilar hacia los aseos, aprecié sus botas hasta la rodilla, con cremallera plateada y medias marrones con grecas negras, las cuales me han mostrado lo que quería, una figura trabajada, que no deportiva. Esta es de paseos, las carreras no le deben ir mucho, a lo más, algo de aerobic. Tampoco lo necesita, está de muy buen ver.

El pero, por no dar más rodeos, es el arquetipo que se le forma en el rostro, con ese arqueamiento de cejas, que triangulan sus ojos, dejándola una cara lánguida, de mirada cabizbaja, sin llegar a ser apoltronada. Y esto vista de frente, porque en el perfil uno sólo se fija en la napia y el tono blanco de su piel, que contrasta con el negror de sus cabellos. Ya se marcha, me encantaría volver a estar cerca de ella. La persuasión de nuestra distancia me agrada, y lo poco que me supongo de la misma, me deja un poso de cultura y de raíz, seguro que su intrahistoria dará para mucho. Si me apresto un poco más rápido salimos juntos, me enlazo el pañuelo al cuello, y hago como que me pongo los auriculares. Este gesto es inútil, no me lo he traído. La verdad es que me hubiesen venido bien, porque son de esos que se pueden meter bajo el agua, al estropearse el otro, me cogí uno que no precisa de cables, y que se sumerge, con lo que nado mejor, ya no se me hacen tan pesados los largos, a pesar de los problemas de los inicios, como de costumbre. Los preliminares nunca han sido mi fuerte.

Las casas bajas y residenciales me abren paso. La roñería vela por su ausencia. A estas horas de la noche, todo resulta anodino, salvo esa estrella que me guía. Los trabajadores asiáticos también chapan y vuelven a casa, a los de los restaurantes me refiero, eso del buffet a tutiplén también circula por aquí. No me pita nadie, no estorbo al andar entre tanta calle peatonal, cosa muy distinta que en la mañana, donde los genuinos habitantes dejaban a un lado las partituras y se te envalentonaban a poco que les parases su tránsito a motor. En esa placita voy a dar por finalizado mi recorrido, los columpios siempre me han gustado, sobre todo en la oscuridad. Esos barrotes anaranjados me recuerdan a los días dorados junto al hijo del eminente doctor

Isaías W. Harper, cuando nos bajábamos después de merendar a jugar a ese descampado, que según viniese el tiempo, podría ser un barrizal o un polvoriento campo de ensayos. Y nunca me subí a la máquina, podía más, la más que probable vociferación de mi madre al verme trepar por su metal, que mi atracción por descubrir algo nuevo, y hacer como los demás, saltar sin más, escalar, escupir, etc. Esa locomotora lastró tantos descubrimientos, que ni los cangrejos sobrevivieron. Paro, y me enclaustro, al igual que hizo aquel chico, al poco de empezar a columpiarse. Es muy tarde, me quedo con ganas de ver el Castillo de Werfen, y de practicar un poco de esquí, aunque sea de fondo. Con tantas molestias no se puede dar más de sí, afortunadamente van remitiendo.

Una vez superada la internación para mejorar la hidratación y el dolor, causado por la infección urinaria, denominada Pielonefritis aguda, me aconsejan efectuarme unas radiografías de los riñones y ecografías de los mismos, en busca de alteraciones de las vías urinarias que ocasionaran la predisposición a la infección, eso sí, ya en casa. Han sido muy serviciales conmigo, a pesar de mi mal comienzo. Según me contaron en el día de ayer, al poco de entrar ya estaba vomitando, y sólo decía, me duele mucho la espalda. Desconocía que hubiera tantos españoles afincados aquí, la práctica totalidad dedicados al sector sanitario, y es que aquella oferta de empleo que hizo el ministerio austriaco, a través de la red EURES hace cinco años, surtió un efecto tan esperanzador como desalentador. Ganar del orden de doce mil a veinte mil euros más al año, y tener cubiertas plazas de guardería, escolarización gratuita, y enseñarte un idioma nuevo, así como facilitarte las gestiones para encontrar vivienda, deja poco margen de maniobra, cuando en el otro lado de la balanza se tiene un contrato de noches en una clínica, con

todas las guardias en fines de semana, o un régimen estatutario mediocre e indigente con la conciliación de la vida laboral y familiar. De ahí, que la media de edad de esta gente no supere los cuarenta, y en sus rostros se pueda leer la añoranza y el desasosiego por tener que vislumbrar una coartada para explicar a sus seres queridos, que no se está tan lejos, ni se pasa tanto frío; siempre y cuando se tiene a alguien, que tras tantos años de estudio, se pierden muchas oportunidades, y por poco, casi la identidad.

Muy agradecido, recogí el informe médico, y me ayudaron a vestirme. Pedí nuevamente disculpas, y deseé lo mejor a todos, especialmente a mis paisanos, sabiendo que perdí el recato en mis albores, a las puertas de la abadía de Nonnberg, cuando quien me abrió no fue San Pedro, sino la Diosa Isis, reina del cielo, de la tierra y del inframundo, también conocida como la señora de los países del sur. Entre tanto paradigma, me adentré en el descenso a mis realidades con tanto cambio de estación de mí ser, cual Perséfone, doncella inocente, dolorida por el rapto y regreso de su más preciado capítulo, la razón de su existencia. Poco antes de abandonar la habitación, encontré una nota entre mis pertenencias, que rezaba lo siguiente: dirige la carta a la atención de Federica Gutiérrez Salomón, si te la ganas, me tienes, sus seis años son mi perdición. (Fin)

Hay quien no existe, hay quien no me atiende, y hay quien me agradece que le escriba. En esa tesitura están mis relaciones sociales, al margen de un grupito de singles a los que no me importaría seguir conociendo. Aprecio, que mucha gente de mi edad, se anuncia en la Web, o se muestra en la calle, como queriéndose dar a los demás, pero sin